

Nueva evangelización:

Desafíos para la familia hoy

■ María Eugenia F. de Góngora

La familia siempre ha sido blanco de ataque. ¿Por qué? Porque la familia es vida, alianza, es la piedra angular de la comunidad. La familia brinda estabilidad a la humanidad y unidad a los países... en una frase: representa el amor de Dios, representa a Dios mismo. Es imagen de la alianza entre Dios y su Iglesia. La grandeza de la familia es que tiene su origen en Dios mismo. Él la concibió para bienestar y felicidad de la humanidad. ¡Es grandioso! Cada persona abrazada, consolidada y amada por una comunidad familiar en cualquier etapa de la vida (cf. *Familiaris Consortio*, 28).

A través del sagrado vínculo del sacramento del Matrimonio entre un hombre y una mujer inicia la vida de una nueva familia. Jesús utiliza el sacramento del Matrimonio como analogía de su pacto de amor con su Santa Iglesia. Eso es el Matrimonio: dos personas que hacen una alianza bendita para vivir en el amor y engendrar vida (cf. Ef 5,29; Mt 19,5-6).

Se entiende, por lógica, por qué entonces hay alguien muy interesado en destruir este sagrado maridaje y, por ende, la familia. Desde el Antiguo Testamento encontramos cientos y cientos de retos que la familia ha tenido que superar. En la actualidad permanecen los mismos, aunque debemos reconocer que el posmodernismo ha abierto puertas tan peligrosas a graves pecados y fuertes ataques. En estos tiempos la oposición a la familia es más sofisticada, más disfrazada, como nos ha advertido la Iglesia: «la tragedia de esta época es que la humanidad está perdiendo la conciencia de pecado» (*Reconciliatio et Paenitentia*, 18). En otras palabras, a lo bueno lo llamamos malo y a lo malo lo llamamos bueno. Esto acelera la degradación de esta sagrada institución.

Una gran obra arquitectónica no se construye solo con grandes piezas. Debe estar unida por partes pequeñas, formando una sola estructura. Todos se sostienen y ayudan. Todas las piezas tienen una función especial; esto da firmeza, tamaño y belleza. De manera similar se dice que la familia es la célula de la sociedad. La familia hace a la sociedad y a la misma Iglesia. Claramente es de aquí que comprendamos que la Iglesia es Familia de familias, una unidad. Y esta unidad es la respuesta apropiada al clamor de Nuestro Señor: «Que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17,21).

Pero si esta unidad no se construye a menor escala,



tan humilde y sencilla, casi escondida —lugar privilegiado donde debe cuidarse—, entonces no habrá el testimonio de unidad a mayor escala. La familia sobrevivirá si está fundada en el amor. Su misión primordial es: custodiar, revelar y comunicar el amor (cf. FC, 17).

Del mismo modo, si desde esta célula primordial no se vive y trasmite el amor, necesariamente esto repercutirá en la sociedad y en el mundo. Los sentimientos de generosidad, trabajo en equipo, consideración, perdón, comprensión, alegría y fiesta que la sociedad necesita desaparecerán si no se inculcan en la familia. Será, por consiguiente, como nos enseña la Palabra de Dios: lo que se siembra, eso se cosecha; «por sus frutos los reconocerán» (Mt 7,17).

Nuevas amenazas letales acechan a la familia diariamente. Solo por mencionar algunas de las más dañinas: el individualismo atroz, la pérdida del sentido de ser una comunidad y el reclamo obsesivo de los derechos personales. Se atrofia el crecimiento personal en condiciones como estas.

Esta crisis es un llamado de emergencia a cultivar los bienes eternos: bienes del cielo, los verdaderamente trascendentales, los que plenifican y divinizan al hombre. Poniendo la mirada en las cosas del cielo más que en las de la tierra es como encontraremos el verdadero sentido (cf. Col 3,1-2). Si no lo hacemos, estamos jugando mortalmente.

La familia no es una suma de individuos, no es una empresa —aunque en una empresa existen metas, sueños e ideales comunes—. Ahora en muchas familias no se encuentran ni estos rasgos. Lo único que las une es el techo físico. Aparentan ser una familia, mas solo comparten un espacio físico. No hay la capacidad de relacionarse unos con otros. Económicamente la separación también se palpa. El

EN ESTA EDICIÓN

Nueva evangelización:

Desafíos para la familia hoy

María Eugenia F. de Góngora

Vida de un líder:

Una visión dada por Dios con una misión

Cyril John

Preguntas a la Comisión Doctrinal de ICCRS:

¿Qué es una atadura espiritual?



Para esto es sumamente necesario impulsar la pastoral familiar, que se conformen los respectivos ministerios que atiendan las necesidades de la familia de manera específica.



Nueva evangelización: Desafíos para la familia hoy (continuación)

vínculo está roto, hay frío y hostilidad.

Está quedando atrás el abrazo y el calor humano. Se supone que la familia es un lugar seguro, un alivio del ruido exterior, una dosis de estímulo fundado en el amor y la aceptación mutua sin condiciones. Por ejemplo: era de lo más normal que el núcleo familiar se reuniera para comer juntos al menos una vez al día. Ahora la situación es otra. Nuevos modelos de trabajo y otros factores han provocado que los miembros de la familia coman separadamente. Muchas culturas y nuestros antepasados nos enseñaron que la mesa era algo sagrado, donde se daba el convite y la alegría de comer juntos. La bendición, los alimentos y bebidas y la comunicación tenían lugar. Era el espacio que facilitaba la interrelación familiar, donde todos comentaban, reían y aportaban, para crecer unidos, en torno a la mesa. Todos se enteraban de los acontecimientos personales de cada uno y se ponían en común desde las cosas más cotidianas hasta, a veces, las más complicadas. Hacer la sobremesa, lo cual podía convertirse en un espacio más íntimo para compartir temores y esperanzas, consejos y buenos deseos. Preguntémonos ahora: ¿existe esto en mi familia o en las de mi alrededor?, ¿o quedamos absorbidos por el correr de cada día?

De hecho, vale la pena que la familia recupere su lugar de manantial de vida a través de lo que conocemos como los tres altares:

- El altar de la Santa Eucaristía.
- El altar de los sagrados alimentos.
- El altar del lecho matrimonial.

De estos la familia se nutre primero en su espiritualidad y también en su humanidad. ¿En nuestros días se estarán respetando estos altares? Si hacemos una rápida radiografía, el resultado será negativo. Los estamos mancillando con actuaciones fuera de lugar. Debemos, en cambio, usar estos medios con reverencia como fuentes de fortaleza para así poder enfrentar los retos que se presenten.

Es necesario que todos nosotros como bautizados escuchemos la alarma que está sonando. Cuando se avisa que se avecina una gran tormenta, un tsunami, todos saben que al escuchar la sirenas tienen que correr, huir de inmediato para estar a salvo lo más pronto posible o si no, morirán. No debemos ingenuamente pensar que todo está bien; quizá nosotros mismos hemos perdido lo vital. Por lo que también vale la pena revisar, interiorizar humildemente, para poder tomar las acciones pertinentes comenzando desde nuestra propia familia. Al descubrir las áreas débiles, ¡pedir auxilio! Robustecerse en el Señor, en la vida espiritual. Buscar consejo con otras parejas que hayan recorrido un camino más largo. Verse con un consejero o terapeuta familiar. Actuar urgentemente para ponerse a salvo. Pero este actuar también es compromiso fraterno para poner a salvo a los demás. Debemos recordar que «dando es como se recibe»

(Hch 20,35). Por lo tanto, después de tomar conciencia no es posible quedarse de brazos cruzados. Dios nos llama a realizar acciones concretas. Jesucristo en su gran envío, su mandato misionero, nos pide: «Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28,19).

ICCRS, la organización que está al servicio de la Renovación Carismática mundial, con mucha humildad pero con mucha fe ha iniciado solo hace unos pocos años el Comité *ad hoc* para la Familia, como ya muchos saben, para contrarrestar los ataques a la familia hoy en día. Pues desde esta instancia se propone acompañar, colaborar, animar y abrazar a las familias, según nuestro carisma original.

En este sentido, cada familia será motivada con la Palabra de Jesucristo nuestro Señor como su fundamento. Al mismo tiempo esperamos formar una gran cadena de familias misioneras en el Espíritu Santo, intercesoras, corresponsables en el propio lugar de permanencia. Familias que han vivido la experiencia del bautismo del Espíritu Santo y viven la vida en el Espíritu. Evangelizan a otras familias para que también reciban al Divino Paráclito en su seno; para que conozcan al Único que puede sanar, liberar y dar vida nueva, vida verdadera. Para esto es sumamente necesario impulsar la pastoral familiar, que se conformen los respectivos ministerios que atiendan las necesidades de la familia de manera específica.

Confiamos plena y alegremente que no estamos solos en esta lucha. En otros lugares del mundo hay familias remando en la mismísima dirección, clamando por un nuevo Pentecostés cada día. Sabedoras que solo con la fuerza de lo Alto se puede avanzar hasta llegar a la meta final. Seguros de que Jesús va con nosotros en medio de violentas tempestades —aunque parezca que duerme—, Él va a actuar y lo hará en cuanto se lo pidamos. Tomados fuertemente de las dulces manos de María Santísima nuestra Madre e intercesora, levantemos la cabeza, oremos con fuerza, velemos y alcemos la voz, comprometidos y protegiendo la grandiosa institución familiar.

En nuestra preocupación por salvaguardar la Iglesia doméstica, tendremos muy pronto la oportunidad de demostrar nuestra total adhesión a S. S. Benedicto XVI que paternalmente nos ha convocado a unirnos a él desde todos los rincones del mundo en el próximo Encuentro Mundial de las Familias, en Milán (Italia) del 30 de mayo al 3 de junio.

Él mismo nos ha invitado a unirnos en oración por todas las familias del mundo para que esta séptima edición del encuentro se vea bendecida con abundantes frutos.

Será una magnífica ocasión para exclamar el sano equilibrio en la vida de «La Familia: el Trabajo y la Fiesta». 🏠

Una visión dada por Dios con una misión

■ Cyril John

Visión dada por Dios: un testimonio

El 8 de julio de 1996, durante mi oración personal, tuve una visión en la cual podía apreciar un edificio enorme. Me sobrecogí y le pregunté al Señor qué quería decir la visión. Recibí en oración una fuerte convicción de que era un centro lo que el Señor quería que se estableciera en Nueva Delhi. Durante un retiro de crecimiento en los carismas al que había asistido en el Centro de Retiros Jeev Jyoti ubicado en Moovattupuzha, Kerala, del 16 al 21 de mayo de 1993, el asesor había compartido conmigo un mensaje en el que el Señor me llamaba a reconstruir Nueva Delhi, la capital espiritual de la India. Para entonces ni siquiera era miembro del equipo de servicio del grupo de oración de mi parroquia, aunque solía asistir a las reuniones de oración semanales. Después de volver del retiro me incluyeron en el equipo de servicio del grupo de oración de la parroquia y a los tres meses fui elegido responsable del equipo. La función de presidente del Equipo de Servicio Arquidiocesano (ESD) de Delhi fue discernida a mi persona el 14 de diciembre de 1994. Fue durante mi ejercicio como presidente del ESD cuando recibí el mensaje sobre el centro de retiros.

No me atreví a compartir este mensaje con los miembros del equipo porque en ese momento no teníamos ni siquiera una cuenta bancaria. Si llegaba a compartirlo, sentí que me convertiría en el hazmerreír de los demás. Lo único que hice fue comenzar a orar por ello y le pedí a nuestro equipo de intercesión que elevaran esta intención en oración. En el año 1999, durante una reunión que el ESD tuvo con el Rev. Alan de Lastic, entonces arzobispo de Delhi, él nos sugirió que deberíamos iniciar las gestiones para comprar un terreno y así tener un centro de nuestra propiedad, ya que solíamos organizar un gran número de eventos de la Renovación en la arquidiócesis. Esto pasó a ser una confirmación de la visión por parte de la jerarquía de la Iglesia. Después de una larga búsqueda encontramos un terreno de uso agrícola que medía unas 7 hectáreas en las afueras de la ciudad. En oración el Señor nos confirmó que compráramos esa parcela. Con donativos y préstamos personales y un gran préstamo bancario el equipo logró comprar el terreno en el 2001. Por entonces mi segundo período como presidente del ESD había terminado.

Hubo un serio impedimento para utilizar el terreno para la construcción de un centro. Como el terreno era para uso agrícola, la ley de tierras no permitía su conversión y utilización para otros propósitos. Al principio se construyó un pequeño centro con una capilla de adoración. Se comenzó a adorar e interceder durante 24 horas en la capilla. Al habernos instado a comprar el terreno, el Señor intervino poderosamente. En el 2009 el gobierno local presentó un nuevo plan maestro para la ciudad según el cual toda el área alrededor de nuestro centro se convertía en propiedad de dominio pleno destinada a la construcción de edificios comerciales y residenciales. De nuevo para nuestra sorpresa, en el 2011 el gobierno elaboró un plan para hacer una autopista que pasaría por el centro. El Equipo de Servicio de entonces comenzó la construcción del centro. El centro ha sido bautizado como Jeevan Jyoti Ashram (Centro de la Luz de la Vida). Hoy en día tiene capacidad como para 100 personas, utilizándose para retiros y cursos de

formación. Dos sacerdotes y varios voluntarios sirven a tiempo completo en el centro.

Es un ejemplo claro de una visión dada por Dios que reforzó mi liderazgo y misión. La visión se convirtió en realidad incluso frente a las circunstancias más desfavorables y adversas. Existían varios impedimentos que se atravesaron en el camino para cumplir la visión, pero se superaron porque el proyecto era el plan de Dios.


¿Qué es una visión?

Una visión es una llamada del Señor para una forma particular de vida, misión o proyecto. Es una manera de vivir el Evangelio. Es una dirección hacia la que una persona o grupo deben avanzar. «Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva» (Ap 21,1). Es prever algo o ver con los ojos del interior. La declaración de una visión por un grupo de oración, equipo de servicio o comunidad es la declaración de lo que ellos consideran que Dios quiere para ellos. Les ayuda a ver el posible futuro con mayor claridad. Solo aquellos con visión podrán esforzarse por algo más profundo y nuevo.

Visión y misión

Una visión tiene dos aspectos. En primer lugar, esclarece nuestra propia identidad. Por ejemplo, se observa que algunos de los grupos carismáticos de oración no tienen muy clara su identidad —si son un simple grupo piadoso, un grupo de estudio bíblico, un grupo amistoso o un grupo carismático de oración—. La visión pone en claro la propia identidad. En segundo lugar, la visión esclarece la misión. Dios tiene un plan para cada persona, grupo y comunidad para su bienestar (Jer 29,11). A través de la visión Dios da claridad a la misión. La clave para el éxito de Jesús al llamar a sus discípulos al servicio es que Él vino con una visión divina para su misión. Él poseía y proclamaba una visión espiritual clara. La misión está bajo una unción especial cuando está inspirada por una visión divina.

Visión y compromiso

La visión nos motiva y vigoriza invariablemente. La visión, como la estrella polar, ayuda a la navegación por rutas, incluso con mal tiempo, para llegar al destino con éxito. Nos ayuda a percibir cosas que de otro modo no hubiéramos visto y a soñar con lo inimaginable. Nos ayuda a seguir adelante: «olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante» (Flp 3,13). La visión lleva con sí un entusiasmo contagioso. Conduce al compromiso y el compromiso impulsa a la acción. La visión dada por Dios nos ayuda a seguir continuamente nuestra misión. Nelson Mandela no se convirtió en un líder de la lucha por la libertad meramente porque fuera bien parecido o carismático. Forjó su influencia por todo el mundo contando los minutos en celdas y recorriendo senderos solitarios. Durante más de veinte años estuvo en prisión, negándose a poner en peligro su compromiso por la libertad. Todo ello requería compromiso. «Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios» (Lc 9,62). Se dice de Moisés que a los 120 años «no se había apagado su ojo ni se había perdido su vigor» (Dt 34,7). Era porque Moisés había visto al Señor cara a cara y había hecho suya la visión divina. La visión divina nos ayuda a ser «valientes y firmes» (Jos 1,6). 



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tienen alguna pregunta sobre la RCC, envíenlas a newsletter@iccrs.org

¿Qué es una atadura espiritual?

Una atadura espiritual es una influencia demoníaca oculta que entorpece o bloquea el progreso en la vida espiritual de una persona. Este tipo de esclavitud espiritual puede originarse cuando una persona busca un conocimiento, protección o poderes sobrenaturales por medios ocultos. Por ejemplo, formas comunes de buscar poderes ocultos son la brujería y la magia; formas corrientes de buscar un conocimiento oculto son la adivinación y el espiritismo. El espiritismo se refiere a la consulta de espíritus o almas de difuntos para saber u obtener algo. Existen muchas maneras de adivinación, incluyendo el uso de la astrología, el tarot, la lectura de la mano, la clarividencia y la geomancia —todas ellas pueden dar a las personas un conocimiento falso o envolvente de personas y eventos—.

Dios prohíbe terminantemente esas prácticas en la Escritura (Dt 18,10-12), puesto que representan un rechazo a la confianza en Él y un intento de manipular las fuerzas espirituales para alcanzar propósitos personales. El *Catecismo* también afirma claramente que todas esas prácticas son pecado grave, incluso cuando se hacen para devolver la salud (Nº 2117).

La razón por la cual el implicarse con lo oculto es tan peligroso es que la persona puede quedar atada y esclavizada por espíritus malignos. Estos espíritus pueden utilizar la conexión de una persona con lo oculto para que se dé un beneficio aparente, solo con el fin de conducir a la persona a una atadura espiritual mayor. Por ejemplo, una niña de doce años siempre estaba enferma. Alguien le dio un amuleto para que lo llevase colgado en el cuello. La enfermedad desapareció inmediatamente. Pero la niña cayó en depresión, dejó de reír e intentó suicidarse. Satanás puede mantener el cuerpo en una salud aparente pero enviar el alma al infierno.

Cómo se originan las ataduras

A continuación pueden encontrar algunas de las causas fundamentales que dan origen a ataduras espirituales:

- Acciones que invitan a los demonios y suscitan ataduras espirituales, como, por ejemplo, la consagración a Satanás y los juramentos de sangre, la iniciación en el vudú, las órdenes esotéricas de sociedades secretas, la Nueva Era, la masonería, o los rosacruces.
- Las prácticas orientales —espirituales y basadas en energías— como el yoga, Tai Chi, Feng Shui, mantras, la meditación transcendental, Zen, reiki o la apertura de chakras.
- Consultar adivinos y seguir sus consejos: videntes, magos (brujos, santeros, hechiceros, etc.), astrólogos, hipnotizadores, tarotistas, chamanes y curanderos.
- Llevar amuletos, talismanes, signos del zodiaco, cuernos, fetiches, azabaches, dijes, patas de conejo, piedras bezoares, cemies, anillos u objetos mágicos que se dice portan energía.
- Participar en sesiones de espiritismo con mesas giratorias, la güija, consultas con bolas de cristal, el juego de los abalorios o sesiones con médiums.
- Lectura aplicada de libros de ocultismo, satanismo y horóscopos.

- Lazos del alma o relaciones sexuales con maestros de lo oculto.
- Persistencia en cometer pecados veniales y mortales.

Cuáles son los efectos de las ataduras

Una atadura es devastadora espiritualmente. Esta debilita la fe, mata el deseo de alabar a Dios, de proclamar a Jesús como Señor y único mediador y de rezar a la Virgen María. Provoca ansiedad y desasosiego cuando una persona está en lugares sagrados. Pensamientos obscenos pueden asaltar la mente de la persona en presencia de la Eucaristía. Las prácticas ocultistas pueden dar origen a perversiones sexuales, alcoholismo, abuso de drogas, violencia contra los seres queridos y, en última instancia, depresión y tendencias suicidas. Puesto que estos síntomas pueden tener otras posibles causas, sin embargo, solo aquellos con formación y experiencia en el ministerio deberían intentar discernir si una persona tiene una atadura espiritual.

Cómo se rompen las ataduras

La liberación es posible mediante la oración hecha con autoridad en el Nombre de Jesucristo. Pero la persona que ha practicado el ocultismo debe tomar primero una decisión radical de conversión. Se deberían seguir estos pasos:

- Reconocer los pecados ocultos y confesarlos al Señor mediante el sacramento de la Reconciliación.
- Quemar y deshacerse de cualquier objeto o libro de lo oculto que posea (ver Hch 19,19 y Dt 7,25).
- Renovar las promesas bautismales y renunciar a Satanás, a sus obras y seducciones, haciendo una renuncia específica a cualquier forma de lo oculto en la que haya estado involucrado.
- Hacer una oración de liberación, con la ayuda de alguien maduro y lleno del Espíritu, para romper la ataduras, ejercitando la autoridad bautismal y así rechazar espíritus malignos en el Nombre de Jesús.
- Finalmente, consagrarse a Jesús y llenarse del Espíritu Santo. Jesús advirtió que no es suficiente con expulsar los espíritus malignos. «Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos en busca de reposo, pero no lo encuentra. Entonces dice: “Me volveré a mi casa de donde salí”. Y al llegar la encuentra desocupada, barrida y en orden. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de ese hombre viene a ser peor que el principio» (Mt 12,43-45). Si queremos experimentar una libertad completa y duradera, debemos dejar que nuestra mente y corazón se llenen con la Verdad que es Jesucristo. Esto tiene lugar por medio de la recepción frecuente de los sacramentos, la oración diaria y la lectura de la Escritura, la formación sólida y la relación con otros católicos con los que seamos transparentes y responsables.

Jesús vino a deshacer las obras del diablo y a liberar a los cautivos (1 Jn 3,8; Lc 4,18). Ninguno está condenado a permanecer en una esclavitud espiritual si se vuelven a Él con arrepentimiento y confianza. 🏠